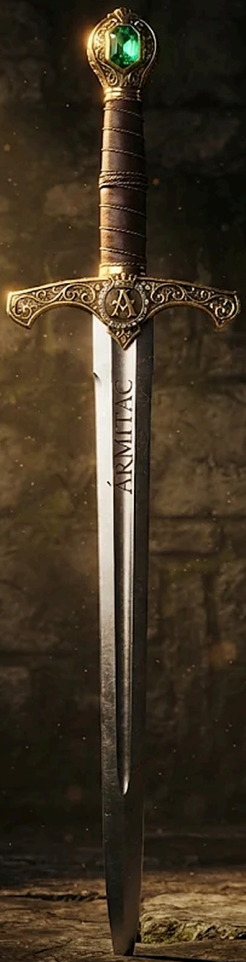
UN RELATO DEL MUNDO DE ARAS

EL SAQUEADOR DE TUMBAS



JAUME CASTEJÓN

Aras · Leyendas de la Ciudad Blanca

UN RELATO DEL MUNDO DE ARAS

EL SAQUEADOR DE TUMBAS

Jaume Castejón

© 2026 Jaume Castejón
Kal ediciones

Relato de distribución gratuita. Puedes compartirlo libremente, sin modificarlo y sin fines comerciales. Prohibida su venta.

jaumecastejon.com · Instagram: @cuco_rex

EL SAQUEADOR DE TUMBAS

Amanecía. Un escalofrío recorrió su cuerpo y se encogió todavía más bajo el calor de la manta. Los pájaros ya trinaban en aquel día incipiente. La primavera estaba en sus inicios y, en esa latitud, el calor del sol ya resultaba agradable. Una brisa suave meció las ramas de los árboles bajo las cuales dormitaba Jakob. Esperó algo más y finalmente abrió sus ojos azul celeste para darle la bienvenida a ese nuevo día.

Desde lo alto de la colina donde se hallaba, podía ver cómo una bruma baja se extendía por todo el valle, cubriéndolo de un halo de misterio. Pronto se desharía la niebla y mientras se desperezaba con un prolongado bostezo, el joven Jakob empezó a recoger sus pertenencias para no dejar rastros visibles de su presencia a cualquiera que pudiese estar siguiéndole.

Un golpe de viento empezó a disipar las nubes altas mostrando un sol en todo su esplendor primaveral y las nieblas bajas empezaron a despedazarse en deshilachados jirones. En el fondo del valle, entre la espesura, aparecieron los túmulos cubiertos de maleza que eran las tumbas de los seis primeros reyes del mismo linaje que aquella tierra había tenido. Jakob sonrió mientras se colgaba la mochila a su espalda, sabiendo que su primer objetivo estaba cumplido, pues había encontrado las ocultas y secretas Colinas de los Reyes.

Con la espada al cinto y el arco y las flechas al hombro, Jakob descendió por la ladera de la colina, con precaución para no resbalar, ahora que estaba

tan cerca de las tumbas. Encontrar esos túmulos funerarios había sido un arduo trabajo de más de dos años mientras estudiaba mapas, seguía pistas y hacía preguntas que en muchas ocasiones despertaban recelos, poniendo en peligro su propia vida; hasta que el azar, la casualidad, la coincidencia tal vez, hizo que conociese a un gran señor interesado en hallar las tumbas reales y que enseguida dispuso de todos sus medios e influencias para ayudarle. Habían hecho un trato, pero Jakob siempre acostumbraba a trabajar en solitario y por ello intuía que su socio, alguien influyente de la peligrosa ciudad de Dapur, no esperaría pacientemente a que regresara con el botín. Sabía, y creía no estar equivocado, que algún hombre de confianza de su socio, Téller Kedir, le esperaría cuando saliese de la tumba para arrebatarle aquello que ambos deseaban con tanto interés, aunque por motivos distintos.

El objetivo era apropiarse de la espada del primer rey, la misma arma que empuñó Íler Ármitac cuando venció a la populosa y rebelde ciudad de Aras, cuya leyenda le había sobrevivido más de doscientos años. La única espada digna de un gran rey, que había sido enterrada junto a su dueño cuando éste murió con una edad cercana a los cien años. Todo un mito cargado de fascinantes rumores que se habían materializado en una legendaria y apasionante leyenda viva.

El heredero al trono, el hijo de Íler Ármitac, no quiso conservar la espada de su padre porque jamás había sentido el honor suficiente para empuñarla. Así pues, fue enterrada junto al Gran Rey para alimentar esa leyenda, para que todos supiesen que esa arma era una de las más valiosas del Gran Reino de Hárkad y que solamente podría permanecer junto a aquel que siempre la había llevado con el porte y la nobleza de un magnífico monarca.

Sin embargo, para el joven Jakob, que había dedicado buena parte de sus últimos diez años a saquear tumbas, el único interés que tenía la exce-

lente espada del Ármitac era una fastuosa esmeralda que, según los rumores, lucía engarzada en su pomo. La joya podría reportarle suficientes beneficios para vivir tranquilamente el resto de su vida; y aunque ahora conocía el emplazamiento exacto de las colinas funerarias y podía regresar a explorar las otras tumbas, este botín en especial le había hecho plantearse el abandono de tan lucrativa forma de vida. Se había especializado en salir de las tumbas sin rasguño alguno y con el botín deseado y este trabajo iba a resultar igual de fácil que los anteriores, siempre que su socio no enviase a alguien en su búsqueda.

Después de un descenso controlado se encontró frente al más cercano de los túmulos, que no era el mayor en tamaño. Con cierta dificultad, por lo abundante de la vegetación, fue rodeando la tumba hasta situarse frente a una enorme losa de piedra que cubría la posible entrada. En bajorrelieve estaba grabado el nombre de quien ocupaba la tumba. Sin duda era un Ármitac, pero no el primer rey de ese linaje. Por tanto, se olvidó de ese túmulo y se encaminó hacia el que aparentaba más antigüedad y nobleza.

Después de desechar la segunda de las tumbas, se plantó ante la tercera. Sus dedos acariciaban el bajorrelieve de la losa donde podía leerse el nombre de Íler en unos caracteres casi ilegibles, gastados por la lluvia y erosionados por el viento, casi borrados por el paso del tiempo. No había duda, aquella era la tumba del Gran Rey, la que había estado buscando, la que supuestamente guardaba esa espada que tanto ansiaba su socio Téller por el simbolismo que representaba. Antes de empezar con la tarea de adentrarse escuchó atentamente a su alrededor para asegurarse de que nadie le había seguido hasta allí. Solamente cuando tuvo la certeza, sacó una pequeña pala de su mochila y empezó a cavar un agujero en el lateral derecho del túmulo.

Intentar mover la losa que cubría la entrada hubiese sido un trabajo inútil, tanto por su excesivo peso como por el tiempo transcurrido. Más de

doscientos años era tiempo suficiente como para que la piedra se hubiese asentado y se hiciese imposible su desplazamiento. Por eso sabía Jakob que lo más adecuado era abrir un agujero por donde deslizarse hacia el interior. El muchacho era delgado y ágil y su entrenamiento lo hacía capaz de ese cometido. Descansó cuando el sol estaba alto y prosiguió durante toda la tarde hasta el ocaso. Con el cuerpo metido en el agujero abierto, alcanzó a horadar la pared de tierra del interior de la cámara de entrada y dejó que el aire fresco del exterior renovara el aire viciado de dentro.

Cuando penetró en la tumba ya era de noche. Apareció en una sala rectangular y después de dejar el arco y las flechas en el suelo encendió una antorcha de las que llevaba en su equipo. Uno de los extremos de la sala donde se hallaba era la losa de la puerta de entrada y en el otro extremo había un estrecho pasadizo, completamente oscuro, que se adentraba hacia la profundidad de la tumba. La sala era un poco más alta que el muchacho y en el suelo, esparcidos, estaban los restos óseos del caballo de guerra de Íler Ármitac. Unas toscas y sencillas pinturas con motivos funerarios y el nombre del difunto monarca, varias veces repetido, cubrían las paredes de esta primera sala.

Con la antorcha en la mano se encaminó hacia el pasadizo. Unas losas de granito sostenidas por grandes troncos de madera medio petrificados soportaban todo el peso de la tierra que cubría la tumba. En el más absoluto silencio avanzó hacia donde el joven Jakob creía que debía estar la cámara principal, aunque el techo era cada vez más bajo. La llama de la antorcha lamía el granito hasta que de repente apareció ante sus ojos un pasillo ciego, sin ninguna salida.

Jakob se quedó paralizado, no esperaba que el pasadizo terminara así, de súbito. Algo se le había escapado. Muchas de las tumbas en las que había estado tenían una cámara principal donde se situaba el sarcófago con el

cuerpo del difunto. Pero en la tumba en la que se encontraba no era así y hacia el otro lado quedaba claro que no podía dirigirse, pues se encontraría con la gran losa de piedra que cubría la entrada. Solamente había una opción y era dirigirse hacia abajo, hacia el subsuelo. El joven saqueador volvió sobre sus pasos con la antorcha a ras de suelo, buscando cualquier indicio que le señalara que bajo sus pies podía encontrar un nuevo camino. De nuevo llegó a la cámara donde había hallado los restos del caballo sin haber encontrado absolutamente ningún indicio.

Un sudor frío empezó a perlar su frente. Si salía de esa tumba sin la espada de Íler Ármitac su orgullo de eficiente e infalible saqueador de tumbas se vería en entredicho.

Pensar que alguien había saqueado la tumba antes que él era bastante improbable, pues habría evidencias de ello. Además, ¿quién podría haberse llevado el cuerpo? Jakob empezó a creer que el túmulo del Gran Rey no era más que un cenotafio, una tumba vacía, y que el cuerpo y la espada reposaban en otro lugar distinto.

Sentado en el interior del túmulo ya no pensaba en intentar averiguar dónde hallar la espada, sino en salvar la vida cuando un enfurecido Téller Kedir se enterara de que el túmulo había resultado estar vacío. Téller no creería lo que le contara el muchacho y pensaría que él había escondido el cuerpo del rey junto a la espada para simular que allí no había nada.

La antorcha se consumió y la luz de un nuevo día se filtró por el agujero que Jakob había practicado en el lateral del túmulo. De nuevo el sonido de los pájaros sonó en el exterior. Los ojos enrojecidos del joven saqueador de tumbas delataban que había pasado la noche en vela. Su rostro reflejaba cansancio, su cuerpo necesitaba descanso y su mente necesitaba ideas. Tal vez entrando en alguna de las otras tumbas podría hallar la espada que tanta falta le hacía, pero lo más probable es que no la encontrara. Tenía que con-

vencer a su socio de que la espada de Íler no existía, que era fruto de una leyenda destinada a engrandecer la figura del monarca.

Abatido, se dispuso a salir del túmulo vacío cuando un reflejo llamó su atención. La luz del amanecer había hecho brillar algo que parecía estar en el suelo. Movió su cabeza para encontrar de nuevo el resplandor, pero no vio nada. Se arrodilló y con sus manos palpó el suelo, pero no advirtió nada diferente en la tierra húmeda y arcillosa sobre la que descansaban los huesos del caballo.

Seguramente había sido fruto del agotamiento, consecuencia de haber pasado toda la noche despierto. Sometido a esa tensión, le había parecido ver un brillo y se había asido a esa idea como una forma de salvar su precaria situación. Necesitaba encontrar esa espada si quería conservar la vida, pues sabía que Téller era capaz de lo peor si creía que le habían engañado. Pero era evidente que Íler Ármitac había ganado una vez más, manteniendo la leyenda de su poder, haciendo creer a todos sus descendientes y a los descendientes de sus súbditos que en aquella tumba descansaban sus restos, su arma, su grandeza. No había más que hacer, por tanto recogió todas sus cosas y salió a la luz exterior.

En un primer momento tuvo que cerrar sus ojos, cegado por el brillo del sol; poco a poco fue acostumbrándose hasta que pudo mantenerlos abiertos. Se sentía incómodo consigo mismo. Era la primera vez que salía de una tumba sin su botín, pero debía haber sabido, antes de aventurarse en esta empresa, que la espada del rey Ármitac era demasiado botín para un joven saqueador de tumbas. Pero ese error no había sido el único, pues ahora su socio debía estar esperándole, impaciente, en el palacio de Dapur donde habitaba.

En el exterior no había señal o indicio de que nadie estuviese esperándole, por tanto cargó su mochila y su arco a la espalda y se dispuso a alejarse

de allí lo antes posible para planificar su huida y su escondite a fin de que Téller Kedir no lo encontrase durante un largo periodo de tiempo. Pero en el último instante se detuvo. ¿Dónde podían descansar los restos de Íler Ármitac si no estaban en el interior de aquel túmulo? ¿Qué ventajas podía haber tenido, para el rey, enterrar solamente a su caballo? Eran preguntas que planeaban sobre la cabeza de Jakob y cuyas respuestas podían darle esperanzas.

Era evidente que Íler podía temer el saqueo de su tumba y por ello había decidido que el túmulo solamente contuviese los restos del caballo de guerra. Pero ¿por qué temía el saqueo? Su hijo no había querido quedarse con el arma, por tanto ésta debía estar guardada junto a su rey. Cuando Íler murió sólo estaba construido un túmulo, los otros eran de construcción posterior, por lo que no podía estar enterrada en otra tumba a no ser que la hubiesen introducido con posterioridad, cosa que hubiera dejado claras evidencias de manipulación del enterramiento. La localización de los túmulos, además, era un secreto muy bien guardado que conocían los descendientes y pocos allegados más. Una pregunta se repetía en la mente de Jakob, ¿de quién podía sospechar, pues, el Gran Rey?

Una simple trampa hubiese bastado para detener a los ladrones, pero la tumba vacía revelaba un exceso de celo y de cuidado. Además, permitir que los descendientes, también monarcas, se enterrasen junto a ese túmulo, era algo que carecía de sentido. Algo no encajaba y Jakob intuía que cada vez estaba más cerca de resolver ese enigma, pues era posible que la trampa no fuese otra que el engaño de hacer creer que el túmulo no contenía los restos cuando en realidad sí los albergaba. Pero entonces debía buscarlos en el subsuelo ya que en la cámara principal no habían sido hallados ni el arma ni sus restos óseos. Volvía a estar en el punto de partida, de nuevo volvía a ignorar cómo acceder al subsuelo, aunque si había penetrado en el túmulo exca-

vando, ¿por qué no intentarlo de la misma forma para alcanzar los secretos subterráneos que podían estar aguardándole?

Dio media vuelta y volvió a entrar con decisión en el túmulo. Una vez dentro se descolgó el arco y las flechas y los dejó al lado de la entrada. Después se sacó la mochila y volvió a extraer la pala que dejó en el suelo, junto a los restos del caballo. En ese instante se oyó un leve sonido metálico. Jakob levantó la pala enseguida, pero en la penumbra no podía distinguir nada. Al instante sacó una nueva antorcha y la prendió. Con una mano la sujetaba, iluminando el lugar donde había depositado la pala mientras con sus manos, cuidadosamente, apartaba la tierra. El joven saqueador casi dio un salto de alegría al comprobar que había topado con una pequeña argolla de hierro, bastante oxidada.

El muchacho sacó su daga, nervioso e ilusionado, y con los dedos buscaba el borde de la losa en la que debía estar sujeta la argolla. Cuando sus dedos apreciaron el desnivel, con la daga empezó a reseguir el perímetro, sacando tierra de la juntura. Al poco rato tenía bien delimitada la losa, lo suficientemente ancha como para que, una vez levantada, permitiese que alguien pudiese pasar a través del agujero. Jakob puso un pie a cada lado de la losa y con ambas manos tiró de la argolla. Al primer tirón comprendió que la piedra pesaba demasiado, o estaba muy bien sujeta, y que acabaría por lastimarse las manos.

En el interior de su mochila llevaba una cuerda de unos veinte palmos. Pasó la cuerda por la argolla y situó la pala pegada a la juntura de la losa para desplazarla con su pie. Con la manta se protegió las manos, envolviéndola alrededor de la cuerda. Poco a poco fue haciendo fuerza, tirando hasta que la losa cedió, después de no pocos intentos. Cuando estaba lo suficientemente separada del suelo, empujó la pala con el pie para que se interpusiera entre la losa y el suelo. La piedra cayó sobre el mango de la herramienta, lo

que impidió que se volviese a cerrar. Jakob estaba exhausto por el esfuerzo realizado, respiraba dificultosamente y estaba totalmente empapado de sudor.

Después de descansar un largo rato, empujó la losa con los pies para que rodase sobre la pala. El joven cogió la antorcha y la introdujo en el agujero para vislumbrar la profundidad, pero no pudo cerciorarse de nada. Quedándole una antorcha más en su equipo, se arriesgó y lanzó ésta por el hueco. Enseguida tocó fondo, a unos catorce palmos de profundidad, apreciándose un suelo arenoso.

Jakob no podía ver las paredes laterales de la sala inferior. Para descender tendría que saltar, sosteniéndose en el suelo que ahora pisaba, pero eso haría imposible la subida ya que desde abajo no alcanzaría a agarrarse. Ató un extremo de la cuerda a la argolla de hierro de la losa, tiró de la pala para que la piedra no rodase sobre el mango y confió en que desde abajo pudiese trepar sin arrastrar la losa. Antes de descender cogió la pala por intuición.

El golpe que hicieron sus pies sobre el suelo arenoso provocó un ruido sordo que fue seguido de un siseo inquietante. Al recoger la antorcha del suelo pudo ver que unos pasos más allá se movían varias serpientes grosbe. La mordedura de una grosbe podía acabar con un ser humano en instantes. Pocos eran los que habían sobrevivido al veneno grosbe y menos, todavía, los que podían contarlo ya que los que no morían solían acabar locos. El muchacho conocía el peligro que entrañaban las serpientes grosbe, pero ya no podía echarse atrás.

Se hallaba en una sala rectangular de dimensiones parecidas a la cámara superior, pero en uno de los extremos podía apreciarse un pedestal de piedra sobre el que descansaba un sarcófago, también pétreo. Jakob lanzó la antorcha sobre los animales, estos empezaron a sisear, nerviosos, y a apartarse de la llama que los lastimaba. De un salto se situó junto a la antorcha,

moviendo la pala a un lado y a otro para evitar que las grosbe se le echaran encima. Las serpientes olían la presencia humana y se movían inquietas. Con otro salto hábil cayó junto al pedestal. Ahora, lejos del fuego protector, tenía que ser rápido.

El muchacho sacó su daga e hizo palanca para mover la tapa de madera del sarcófago, mientras dejaba la pala apoyada en el pedestal. Con poco esfuerzo el sarcófago quedó abierto y la tapa cayó ruidosamente al suelo. De un brinco se situó sobre el supuesto cuerpo, pues las grosbe ya estaban cerca. Los pies se hundieron sobre ceniza y polvo, pues no quedaba rastro de ningún cuerpo; pero sí podía verse una espada. Cogió la pala y asestó un golpe sobre una serpiente que ya trepaba y mientras recogía la espada profirió un grito estremecedor debido al miedo que experimentaba. Sin dejar de dar alaridos, en tres grandes zancadas llegó junto a la cuerda por la que había descendido, lanzó la espada por la abertura y trepó a toda velocidad con ambas manos, sin importarle los rasguños sufridos.

Sólo cuando estuvo arriba, a salvo, se dio cuenta del peligro corrido. Sus piernas temblaban y su respiración era agitada. En el exterior ya declinaba la luz, recogió lo que quedaba de su equipo —la pala se había quedado abajo, entre las serpientes— y agarró con fuerza la espada encontrada. Fuera del túmulo observó el arma. Era una espada excelente, conservaba el brillo y el filo intactos. En la base de la hoja podía apreciarse la palabra Ármitac; en la empuñadura, el símbolo de la familia, una A mayúscula coronada, y engarzada en el pomo, una espléndida esmeralda. Sonrió feliz, aunque sabía que tendría que ocultarla durante un tiempo, hasta que su socio dejase de buscarle. Seguramente Téller Kedir recorrería todo el reino de Hárkad, y Jakob recordó haber oído hablar de una isla al oeste del continente, Denwas, casi deshabitada, donde la influencia de Téller podría ser insignificante.

Con la espada en la mano, subió hasta lo alto de la colina donde había pasado la noche antes de descender al valle, y allí se detuvo en seco. Algo más arriba de donde él mismo había dormido, junto a unas rocas, encontró los restos de una pequeña hoguera, ya fría, y huellas de botas que no eran las suyas. Las siguió con la mirada: bajaban unos pasos por la ladera, se desviaban a un lado y a otro, daban vueltas sobre sí mismas entre los arbustos y, finalmente, se alejaban hacia el este, en dirección a Dapur. Jakob sonrió. No se había equivocado: Téller Kedir había enviado a alguien tras él. Pero aquella mañana, cuando él descendió hacia los túmulos, la bruma espesa que cubría el valle había hecho el resto, y su perseguidor, incapaz de distinguir nada a dos pasos, había perdido su rastro. Las Colinas de los Reyes habían guardado su secreto una vez más. Aquel hombre regresaría a Dapur con las manos vacías y le contaría a su señor que el saqueador se había esfumado en la niebla. Con un poco de suerte, Téller lo daría por muerto.

El saqueador de tumbas envolvió la espada Ármitac en su manta y observó a su alrededor una vez más para asegurarse de que nadie le seguía. Bajo una luz casi crepuscular, se encaminó hacia el oeste, hacia el lejano puerto de Léstora. Desde allí podría zarpar en un barco cualquiera, hasta que pudiese vender la esmeralda. Sería un largo periodo sin saquear tumbas, incluso se cambiaría de nombre. Krónenhail le parecía un nuevo apodo adecuado y sonoro. Mientras permaneciese oculto, Jakob, quiero decir Krónenhail, sabría aprovechar su ocultamiento para aprender otros oficios.

❧

¿Qué fue de la espada Ármitac?

Jakob nunca volvió a llamarse Jakob. El capitán Krónenhail aparece al final de *La corona perdida*, y la espada que robó de la tumba de Íler Ármitac vuelve a ver la luz en *El trono de Aras*.

Descubre toda la historia en la saga

ARAS · LEYENDAS DE LA CIUDAD BLANCA

I. Las ruinas de Aras · papel · Kindle

II. La corona perdida · papel · Kindle

III. Los mercenarios rojos · papel · Kindle

IV. El trono de Aras · papel · Kindle

V. Las Mil Islas · papel · Kindle

Más información en jaumecastejon.com